

La venganza de la señorita de Trevélez
(Papel de lija)

Javier Maqua

PERSONAJES

FLORITA.

SOLEDAD.

GONZALO.

GALÁN.

Tomemos una Pieza de Teatro Convencional -un texto de Arniches, la Señorita de Trevélez, por ejemplo-, y hablemos de Amor.

«La sala de un casino de provincia -escribe don Carlos-; al foro, dos balcones grandes, amplios: por cada uno de ellos se verá, toda entera, la ventana correspondiente de la casa vecina», la mansión de los Trevélez.

Invirtamos el decorado. Coloquémonos del otro lado, en la «casa vecina».

Ahora, en el escenario, tenemos la mansión de los Trevélez: el salón-comedor, espacioso, en el centro; a la derecha los departamentos de servicio, tal vez la cocina; a la izquierda una puerta de doble batiente y translúcidas vidrieras que da paso al dormitorio de Florita, la señorita de Trevélez.

Al foro, en el fondo, dos ventanas amplias: por cada una de ellas se verá, todo entero, el balcón correspondiente del edificio de enfrente, el casino de la provincia, o, si se quiere, un lugar de esparcimiento típicamente masculino.

Pero hablemos de Amor.

De Amor y, tal vez, de Venganza.

¿Ama u odia Florita al señorito Galán?

Recordémoslo:

Hace algún tiempo el señorito Galán y sus dos compinches -Tito y Pablo Picavea-, gastaron una broma de muy mal gusto a la solterona: le hicieron creer que Galán estaba enamorado de ella. El procedimiento que utilizaron para perpetrar el engaño es pura anécdota: una carta ¿de amor?, dirigida por Galán a Soledad, la doncella de los Trevélez, fue desviada de su objetivo y enviada a doña Flor...; exultante, el ama, fea hasta la extenuación, aceptó los requerimientos amorosos que correspondían a la criada, y se enamoró perdidamente del lechuguino; o, quizás, simplemente, creyó enamorarse.

Tras algunas escaramuzas, más o menos lacerantes, entre Gonzalo, el hermano de la señorita de Trevélez, y los «bromistas», la estratagema fue descubierta y los «hombres» optaron por echar tierra encima del oprobioso engaño. «Por el placer de una grosera carcajada -dijo Gonzalo al abochornado bromista- no han vacilado en amargar con el ridículo el fracaso de una vida. ¡Ver llorar a un ser que tanto quieres con unas lágrimas que ha hecho derramar usted sólo para reírse...! No quiero más venganza sino que Dios, como castigo, llene de este dolor mío el alma de todos los burladores». Y se corrió el telón.

«Quedémonos en el ridículo; no demos paso a la tragedia», sentencia Arniches.

Y -fiel a ese lema del autor- de los deseos insatisfechos de Florita, de las crudas realidades que la persiguieron durante todo lo que le quedaba de vida, nunca más se supo.

De todo eso hace ya algún tiempo.

Ahora olvidemos a Arniches y a sus personajes.

Recordemos, si queremos, el episodio. Guardemos, si lo necesitamos, la desazón, el mal sabor de boca con que, al final de aquella Representación, dejábamos el Local o la Lectura.

Abandonamos el salón de los hombres. Estamos del lado de la mujer, en su propia casa, en el corazón mismo de la Fea.

Y somos otro autor.

Tergiversemos:

Quedémonos en la tragedia; no demos paso al ridículo.

Situación I

Culto de adviento

FLORITA y su doncella, SOLEDAD, repasan el plan conjunto.

FLORITA.- ¿Sacaste las copas de cristal de Bohemia?

SOLEDAD.- Sí.

FLORITA.- ¿Las botellas de la bodega?

SOLEDAD.- Las de etiqueta verde y roja.

FLORITA.- ¿El gramófono?

SOLEDAD.- Le di cuerda esta tarde. El disco que usted mandó está preparado.

FLORITA.- ¿Las sábanas de raso?

SOLEDAD.- Las de color crema. Y puse la bolsa de agua: estarán tibias.

FLORITA.- ¿La almohada?

SOLEDAD.- Bien batidas las plumas. Puse el tomillo tierno debajo. Da buena suerte. Huele a campo. Rocié todo el dormitorio con el aroma de los lirios.

FLORITA.- ¿Las toallitas?

SOLEDAD.- A mano.

FLORITA.- ¿Se nos olvida algo?

SOLEDAD.- No, señora.

FLORITA.- ¿Alguna otra cosa? ¿Se te ocurre algo?

SOLEDAD.- Si la señora me permite...

FLORITA.- Di, di.

SOLEDAD.- Falta el cenicero en la mesilla de noche.

FLORITA.- ¿El cenicero?

SOLEDAD.- El señorito Galán querrá echarse un pitillito después.

FLORITA.- ¿Un cigarrillo?

SOLEDAD.- Así no hay que levantarse.

FLORITA.- ¿Y tú cómo lo sabes?

SOLEDAD.- Es un suponer.

FLORITA.- ¿Un suponer?

SOLEDAD.- Se lo oí decir a mi padre.

FLORITA.- ¿Y a Galán?

SOLEDAD.- Todos son iguales, señora.

FLORITA.- ¿Qué todos?

SOLEDAD.- Pues todos.

FLORITA.- ¿Y tú qué sabes de todos? ¿Cuántos todos conoces?

SOLEDAD.- Yo no conozco ningún todo. Pero oigo cosas.

FLORITA.- Vamos, vamos, esas cosas sólo se saben si una ha pasado por ellas.

SOLEDAD.- Se lo juro.

FLORITA.- ¿Cuántos «todos»?

SOLEDAD.- ¿La señorita quiere, de verdad, saberlo?

FLORITA.- ¿Cuántos «todos»?

SOLEDAD.- Alguno.

FLORITA.- ¿Galán?

SOLEDAD.- Galán no.

(La señorita se sienta, cansada, y suspira ostentosamente.)

FLORITA.- ¿Cómo es?

SOLEDA.- Doña Flor...

FLORITA.- ¿Cómo es? Nunca me has dicho nada.

SOLEDA.- Usted es una señora...

FLORITA.- ¿Cuántas veces?

SOLEDA.- La señora no debería...

FLORITA.- Tú y yo siempre nos lo hemos contado todo. ¿Quieres hacerme rabiar?

SOLEDA.- Don Pablo...

FLORITA.- ¡Con Pablo Picavea!

SOLEDA.- Todos son iguales. Te prometen todo con tal de que te desnudes...

FLORITA.- Dime cómo fue, dímelo. ¿Lo hicisteis todo...?

SOLEDA.- Sí, señora.

FLORITA.- ¿Todo, todo?

SOLEDA.- Los hombres son unos guarros.

FLORITA.- ¿Hasta el final?

SOLEDA.- ¿Se acuerda del mes que murió mi madre?

FLORITA.- Las tercianas...

SOLEDA. Mi madre no tenía nada. Tuve que engañar a la señora. Fui a la bruja del robledal. Me abrió de piernas y me metió unas hierbas calientes. Luego unas fiebres estuvieron a punto de acabar conmigo. ¿Se acuerda? Lo mezclé con los restos del conejo de los viernes y lo eché a la basura.

FLORITA.- ¿Dónde lo hicisteis?

SOLEDA.- La señora quiere saber demasiado.

FLORITA.- ¿Dónde?

SOLEDAD.- No puedo decirlo.

FLORITA.- Puedes, tienes la obligación de decírmelo. Para la señora no hay secretos.

SOLEDAD.- La señora se va a enfadar.

FLORITA.- ¿Aquí? ¿Lo hicisteis aquí?

SOLEDAD.- Don Pablo está casado...

FLORITA.- ¿En mi dormitorio?

SOLEDAD.- Eso no. En la habitación de servicio.

FLORITA.- Nunca me lo habías dicho.

SOLEDAD.- Ojalá no hubiera sucedido nunca.

FLORITA.- ¿Te gustó?

SOLEDAD.- Me hizo mucho daño.

FLORITA.- ¿La bruja?

SOLEDAD.- El hombre. La bruja de algo tiene que vivir. Era una santa.

FLORITA.- Dímelo, ¿Lo pasaste bien? ¿Qué sentiste?

SOLEDAD.- Cuando me besó me sentí esponja. Cuando, por primera vez, me tocó los pechos me deshice. Luego, cada vez que su mano se acercaba, temblaba toda como una hoja. Ahora, cuando al mear me sacude un escalofrío, recuerdo aquellos temblores... Ya en la cama era quiero y no quiero, suplicar siempre que él hiciera lo que no estaba haciendo: si se apartaba, que no fuera lejos; si me tocaba, que dejara de hacerlo.

FLORITA.- Sigue.

SOLEDAD.- Fue como una borrachera. Estaba toda mojada. El me llamaba «caño roto». Yo apretaba las piernas, cerraba los muslos con todas mis fuerzas. Pero se abrían solos. Se abrían solos. No podía hacer otra cosa. Movía la cabeza de un lado a otro como un badajo de campana, y, a veces, lograba apretarlos de nuevo. Pero enseguida se abrían. Se abrían solos.

FLORITA.- Más.

SOLEDAD.- El decía «ábrete», «ábrete». Y me hurgaba, me hurgaba. Tenía una uña mal cortada. Arañaba. Como cuando la señora pasa los dedos por su camisón de raso y nota que una uña se engancha. Dentera.

FLORITA.- No te pares.

SOLEDAD.- Luego como si el pico de la plancha se me metiera muy dentro. Un dolor muy fuerte y un chorro enorme que se me desparramó hacia el culo y mojó la sábana. Luego él cayó sobre mí como un gorrino que agoniza. El aliento le olía a alcohol. Sudaba. Se durmió. Aquel moco frío y húmedo bajo mi culo era desagradable.

(FLORITA suspira hondamente.)

FLORITA.- Qué hermoso.

SOLEDAD.- Qué asqueroso.

FLORITA.- No digas eso.

SOLEDAD.- La señora ha tenido mucha suerte.

FLORITA.- Al pastelero no le gusta el dulce.

SOLEDAD.- Me he puesto un candado. Si la señora quiere oírlo claramente: el Coño es una Hucha.

FLORITA.- Un Hogar.

SOLEDAD.- Una Hucha. Sus Pollas son Monedas. Mi Hucha estaba llena de calderilla. Pesaba mucho y no valía nada. Ahora está vacía. Sólo quiero billetes buenos.

FLORITA.- La Mujer es Casa y Hogar. Un Ámbito donde el que entra se siente tan cómodo que no quiere volver a salir nunca, nunca. El Coño es una Puerta.

SOLEDAD.- Dientes tendríamos que tener donde yo me sé.

FLORITA.- Candados.

SOLEDAD.- Guadañas.

FLORITA.- Guillotinas.

(Se ríen.)

FLORITA.- Eres mala.

SOLEDAD.- La señora es peor. Me pincha para que hable.

(DOÑA FLOR suspira.)

Situación II

Stabat

FLOR se levanta y se dirige, nerviosa, como una niña de Primera Comuni3n, al dormitorio. SOL la sigue.

FLORITA.- Mi Hogar est1 Desierto.

SOLEDAD.- Mi Hucha est1 Vacía.

FLORITA.- El cenicero de mi padre: ponlo en la mesita de noche.

SOLEDAD.- SÍ, se1ora.

FLORITA.- Y la pitillera de marfil.

SOLEDAD.- SÍ.

(SOL entra en el dormitorio de FLOR con el cenicero y la pitillera. DOÑA FLOR abre un caj3n y da un grito.)

FLORITA.- ¡Soledad!

SOLEDAD.- ¿Qu1 es lo que pasa?

FLORITA.- ¿Qu1 hace eso ahÍ? ¿No te dije que quitaras todos los espejos? ¡Guárdalo ahora mismo!

SOLEDAD.- Es un espejito tan peque1o.

FLORITA.- ¡Llévatelo de ahÍ!

SOLEDAD.- Si no hace nada malo. Casi no se ve nada.

FLORITA.- ¡No quiero verlo! ¡No quiero verme! Mientras no me veo, no existo ¿comprendes? No estoy.

SOLEDA.- La señora dice unas cosas.

FLORITA.- Quítalo, quítalo. Me da miedo.

SOLEDA.- ¿Y dónde quiere que lo ponga?

FLORITA.- Tíralo a la basura. ¿Dónde has metido los demás?

SOLEDA.- Hice lo que me mandó doña Flor. Se los dí al trapero.

FLORITA.- Mentira. Mentira podrida.

SOLEDA.- Se lo juro.

FLORITA.- Están todos en tu cuarto. ¿Crees que soy tonta? Yo soy una señora. El jueves te vi por la rendija. Tienes la cama rodeada de espejos. Parece una feria de atracciones. Te pasas la vida mirándote al espejo como la madrastra de Blanca Nieves. Decenas, miles, infinitas madrastras de Blanca Nieves. No sé como no te empachas de hermosura.

SOLEDA.- ¿La señora me vigila por la rendija de la puerta?

FLORITA.- «¿Y dime, espejito mágico, hay alguien en esta casa más bella que yo?»

SOLEDA.- ¿No cree la señora que soy guapa?

FLORITA.- «Nadie, nadie, nadie, nadieeee...»

SOLEDA.- ¿No lo cree ka señora?

FLORITA.- Ve ahora mismo y rómpelos todos.

SOLEDA.- ¿No me da permiso doña Flor para quedarme con uno?

FLORITA.- Todos. Rómpelos todos.

SOLEDA.- Como quiera la señora. Mañana se los daré al trapero...

FLORITA.- (Ablandándose.) Puedes quedarte con el del recibidor...

SOLEDA.- ¿Puedo? ¿De verdad?

FLORITA.- De verdad.

(SOLEDAD, contenta, se arroja a sus pies.)

SOLEDAD.- La señora es una santa. Doña Flor es mi mejor espejo. Sin ella yo tampoco existiría. Le prometo que mañana mismo no quedará ni uno.

FLORITA.- Vamos, vamos, no seas zalamera.

(Entre arisca y emocionada, aparta a la doncella, y torna a sus pensamientos.)

FLORITA.- Estoy tan nerviosa. Tiene que salir bien.

SOLEDAD.- No se preocupe la señora. Todo saldrá a pedir de boca.

FLORITA.- ¿Tú crees que vendrá?

SOLEDAD.- Eso déjeme de mi cuenta, doña Flor. Yo sé cómo hacerlo.

FLORITA.- ¿Estás segura?

SOLEDAD.- ¿No se lo he prometido? Le traeré al Hombre a hilo de conejo.

FLORITA.- Estoy tan impaciente.

SOLEDAD.- Se lo dejaré suave, como una malva, a su disposición. Podrá hacer con él lo que quiera.

FLORITA.- Hace tanto tiempo que esperaba este momento. Necesito tenerlo entre mis brazos.

SOLEDAD.- La señora se come la cabeza. No sabe olvidar.

FLORITA.- ¿Olvidar? Antes yo lo ignoraba todo y me creía feliz. Pero él me abrió los ojos. Estaba dormida y me despertó. Maldita sea. Maldita sea Dios que me ha llenado de agujeros vacíos. Malditas sean todas mis cuevas abandonadas y llenas de telarañas. Malditas sean. No puedo olvidar. ¿Cómo voy a olvidarme de mí si me llevo puesta? ¿No ves mi cara? ¿No la ves?

SOLEDAD.- ¿Qué cara?

FLORITA.- ¡Esta cara! ¡Mi cara! ¿No la ves? ¿Sigue ahí?

SOLEDAD.- La señora ha mandado retirar todos los espejos... No quiere existir...

FLORITA.- ¡Te he preguntado si sigue ahí!

SOLEDAD.- Pero la señora tiene unas manos muy bonitas...

FLORITA.- ¿Verdad que sí?

SOLEDAD.- Son tan delicadas. No como las mías, todas ásperas de la lejía. Doña Flor puede estar orgullosa de sus manos.

FLORITA.- ¿De qué me sirven las manos? No tienen dónde posarse. ¿Quién va a distinguir en un montón de estiércol las alas enterradas de una mariposa? Mírame a la cara. ¿Qué es lo que ves? ¿Es la misma de siempre?

SOLEDAD.- Es la cara de la señora. Todas las señoras tienen cara. Nadie se la ha llevado.

FLORITA.- Si pudiera arrancármela y cambiarme de cara como me cambio de muda...

SOLEDAD.- Doña Flor dice unas cosas tan ocurrentes. Yo le cambiaba la cara por la señora. Yo le daba la cara y ella me daba la señora. Lo haría. A las señoras les sobra la cara. Las señoras son señoras.

(Sobreexcitada.)

FLORITA.- Tráeme la frasca de Hoffman, estoy muy sofocada.

SOLEDAD.- La señora recalienta los pensamientos. Debería enfriar la cabeza.

FLORITA.- Corre, corre; en el armarito.

(FLORITA está al borde del soponcio. SOL corre y regresa con la botellita de Hoffman. Vierte un poco en una copa y DOÑA FLOR bebe con visible satisfacción.)

FLORITA.- El pañuelito.

(SOL moja un pañuelo con unas gotas de licor. La señora se lo pasa por la nariz y aspira.)

SOLEDAD.- ¿Se encuentra mejor?

FLORITA.- Está tan fresco. Si no fuera por el duende de este licorcillo no sé qué sería de mí.

(SOLEDAD **aspira también los vapores del licor. Se sirve una copa.)**

SOLEDAD.- Sí, señora, el éter está muy bueno. Huele como el gas de la risa ¿no se ha fijado?, como esos pulverizadores que venden en la tienda de artículos de bromas...

FLORITA.- ¿Qué haces?

SOLEDAD.- Sólo un chupito.

FLORITA.- Trae la frasca.

SOLEDAD.- Señora.

FLORITA.- La frasca.

(SOLEDAD **se la entrega.)**

FLORITA.- Faltan dos dedos.

SOLEDAD.- Se lo eché al guiso. Para darle gusto.

FLORITA.- No me gusta que toques mi medicina. El otro día estabas completamente borracha. Tenías la lengua de trapo. Y rompiste el caolín de la abuela.

SOLEDAD.- Le juro que no lo probé.

FLORITA.- ¡No me llesves la contraria!

SOLEDAD.- Disculpe la señora.

FLORITA.- Estas cosas no están echas para vosotras. Lleváis el vicio en la sangre. No tenéis sentido de la medida.

(DOÑA FLOR **aspira un poco más. Se vuelve hacia SOLEDAD.**)

FLORITA.- ¿Qué miras?

SOLEDAD.- No tengo ojos.

FLORITA.- Tú no lo necesitas.

SOLEDAD.- Si el cura la viera...

FLORITA.- El cura se pone ciego. El me lo recomendó. Para dejar el alcohol.

(SOL **sigue quieta, mirando.**)

FLORITA.- Estás muy fea cuando te emborrachas. Da pena verte.

(SOL **suspira. DOÑA FLOR se ríe y le tiende la frasca.**)

FLORITA.- No hay quien saque partido de ti. Ten y haz lo que te dé la gana.

SOLEDAD.- La señora es muy caritativa.

(SOL, **ansiosa, lo toma.**)

FLORITA.- ¿Está bueno? Respira fuerte.

(SOL **infla los pulmones de gusto.**)

FLORITA.- Vas a explotar. Se te van a saltar las ballenas.

(A SOL **le entra un ataque de tos. FLOR le da palmaditas en la espalda. Se le va pasando poco a poco. Ríen. Luego FLOR coge la frasca y la guarda en el armario.**)

FLORITA.- Aquí estará a buen recaudo. Hoy tenemos que estar enteras.

(Exultantes, por los efectos del éter, recuperan la conversación anterior.)

SOLEDAD. Un Hombre es nada, basura. ¿Para qué lo queremos? Usted y yo somos suficientes...

FLORITA.- No empieces otra vez.

SOLEDAD.- Podríamos ser tan felices.

FLORITA.- Soledad.

SOLEDAD.- Yo se lo he advertido. Un dormitorio es una ratonera.

FLORITA.- Esta vez será Galán el ratón. Tú sólo tienes que conducirlo hasta mi jaula.

SOLEDAD.- Hay que besar a tantos sapos para encontrar el príncipe azul...

FLORITA.- Cuentos, cuentos. Llévame al príncipe hasta mi dormitorio y verás lo que queda de él. Tráeme a Galán.

SOLEDAD.- Usted sabe que lo haré.

FLORITA.- Lo estás haciendo muy bien.

SOLEDAD.- Ha sido muy fácil, el muy gorrino.

FLORITA.- Está por tus huesos.

SOLEDAD.- Huele a puchero enfermo. Baboso. Los conozco muy bien. Cuando me ofreció ir al teatro con él se me subió el pavo...

FLORITA.- Hipócrita.

SOLEDAD.- De rabia. Y de alegría. ¡El señorito galán en público con una chica de servir! Había picado. Luego tomó entradas para la última fila del gallinero. Para meter mano. Todo salió como usted y yo lo habíamos previsto. La torta que le di resonó en todo el teatro. El acomodador vino corriendo con la linterna y Galán quería meterse debajo del asiento.

FLORITA.- Desde entonces no ha dejado de asediarte.

SOLEDAD.- Les va la caña. Le he conducido hasta aquí, poco a poco, como a un perro hambriento; enseñándole un pingajo de carne podrida, chucho, chucho, por aquí, huele, huele. Le oigo a mi espalda hozando como un jabalí. Se le cae la baba, se le salen los ojos, olisquea la mierda que yo voy cagando para él. De cagajón en cagajón llegará hasta aquí y le pondré a los pies de su cama, señora. Todo lo que le pase se lo tiene merecido.

FLORITA.- Yo sabré hacerlo por ti.

SOLEDAD.- Cuando crea tenerme ya entre sus brazos, cuando vaya a meter sus manos por debajo de la blusa buscando mis tetas, entonces...

FLORITA.- ... encontrará que no son las tuyas. Habrá querido poseer a la más hermosa y...

SOLEDAD.- Ja. Vaya chasco.

FLORITA.- ... y se hallará en brazos de... en manos de aquel monstruo al que hizo creer que estaba enamorado... En mis manos, Soledad, en mis manos... Se le revolverán las tripas, se le comerán las náuseas, vomitará de asco.

(FLOR, exaltada, exultante. SOL, asustada, vuelve en sí.)

SOLEDAD.- Usted no es un monstruo.

FLORITA.- ... entre mis brazos...

SOLEDAD.- Doña Flor.

FLORITA.- ... estrechando su cuerpo desnudo contra mi cuerpo desnudo...

SOLEDAD.- Señora. ¿Por qué dice eso? Usted no es un monstruo...

(SOLEDAD sacude a la señora y la vuelve en sí. Suena el reloj de pared.)

FLORITA.- Es la hora. Trae a mi padre al salón.

(La doncella se aleja mientras habla. Hace mutis hacia la cocina.)

SOLEDAD.- La señora debería cuidar su salud. Tiene los nervios muy delicados. Usted lo sabe. Nosotras lo sabemos. Los monstruos no son monstruos. El Monstruo es el Hombre... ¿Se acuerda la señora de Sebastián, el tonto que mandaron a Quitapesares? El otro día lo vi detrás de la reja del manicomio. Me sacaba la lengua y la retorció, echando espuma por la boca. Se le salían los ojos, mientras se frotaba... Esos Monstruos son tan tiernos. Yo no les tengo ningún miedo. Prefiero casarme con un Monstruo así a casarme con un Hombre. Me sentiría más segura. Por lo menos me sería fiel. Y, si no lo fuera, yo sabría cómo meterlo en vereda. Los Monstruos de verdad son tan cariñosos. Los Monstruos de verdad no existen, no son monstruos de verdad.

(SOL regresa, empujando un carrito de paralítico. En él lleva a GONZALO, el padre de FLOR. Es un viejo comatoso y sordo. Cuando habla apenas se le entiende. Las dos mujeres actúan como si él no estuviera. FLOR ha estado esperando el regreso de SOL para increparle.)

FLORITA.- ¿Los monstruos no existen? ¿Te atreves a decírmelo precisamente a mí?

SOLEDAD.- El Amor todo lo embellece.

FLORITA.- ¡El Amor! ¿De qué Amor me hablas? ¡Los monstruos no tienen derecho al Amor! ¡El Amor es un Monstruo! Sólo los monstruos sabemos lo que es el Amor porque no está a nuestro alcance. Por eso amamos más que nadie, mejor que ninguno, amamos monstruosamente. Estamos condenados a enamorarnos del Amor.

SOLEDAD.- Usted, señora, es un Hada: está llena de Amor.

FLORITA.- Estoy llena de Venganza.

SOLEDAD.- ¿Y cuál es la diferencia?

FLORITA.- La Venganza no embellece.

SOLEDAD.- Doña Flor está muy guapa. Arde.

FLORITA.- Mientes.

SOLEDAD.- Entre el Amor y la Venganza no cabe una hoja de cebolla.

FLORITA.- ¡Un abismo! ¡Lo que hay entre tú y yo! ¡Yo le odio! ¡Tú le quieres!

SOLEDAD.- Doña Flor no sabe lo que dice.

FLORITA.- ¡Tú le quieres!

SOLEDAD.- ¡Yo le odio! Doña Flor sabe que lo hago por ella. Para que se le acabe ese reconcome que no le deja vivir. Es usted quien me obliga a hacerlo para vengarse de él. Pero es mentira. Se le cae la baba cada vez que lo nombra. Lo quiere, no sabe quitárselo de la cabeza, sueña con él por las noches, no piensa en otra cosa, no puede vivir sin él.

FLORITA.- ¡Me tienes miedo!

SOLEDAD.- ¿Yo? ¿Miedo a usted? ¿Yo?

FLORITA.- Estás celosa. No te atreves a dejármelo sólo para mí.

SOLEDAD.- ¿Celos? ¿La señora no tiene ojos? ¡Míreme! No tiene ni media torta.

FLORITA.- ¡Temes que te lo quite!

GONZALO.- Florita.

SOLEDAD.- ¿Usted? ¿Usted me lo va a quitar a mí? ¿Por qué iba a hacer entonces lo que voy a hacer? ¿Cree que iba a servirle a Galán en bandeja?

FLORITA.- ¡Porque soy el ama!

GONZALO.- ¿Cuándo comemos?

(Seca.)

FLORITA.- Acerca a mi padre al balcón.

Situación III

Carnestolendas

SOLEDAD acerca el carrito hasta la balconada del foro.

FLORITA abre los visillos. Enfrente pueden verse las ventanas del casino.

SOLEDAD.- La señora es injusta. Le gusta hacerme sufrir. Sabe que por ella sería capaz de hacer cualquier cosa.

FLORITA.- Si te has arrepentido, dímelo. No voy a enfadarme. Estás a tiempo.

GONZALO.- Tengo hambre.

(Siempre que habla a su padre lo hace a gritos, cerca de su oreja.)

FLORITA.- ¡Mira qué solecito tan bueno hace hoy, papá! ¡Hale, aquí estarás entretenido y calentito!

(Sigue hablando, en tono normal, con SOLEDAD.)

FLORITA.- Tú quieres a Galán para toda la vida. Todas las de tu clase sois iguales: haciendo sonreír el conejito por las esquinas hasta cazar a un pobre inocente que os quite de servir.

(SOLEDAD no hace caso a la señora.)

SOLEDAD.- ¿Sirvo algo de comer al señor?

FLORITA.- No quieres seguir sirviendo.

SOLEDAD.- En casa de la señora serviría toda mi vida. Pero si usted tiene el capricho de prescindir de mí ¿dónde voy a ir?

FLORITA.- Tú quieres ser una señora.

SOLEDAD.- La señora quiere quitarme de en medio. Por eso me echa en brazos de ese señor.

FLORITA.- Tú quieres ser una señora.

SOLEDAD.- Si doña Flor quisiera, sabe que nadie le serviría mejor que yo.

FLORITA.- ¡Tú quieres se una señora!

(SOLEDAD, al fin, acepta el envite.)

SOLEDAD.- ¿Y por qué no?

FLORITA.- Y tener doncella. Como yo.

SOLEDAD.- ¿Por qué no iba a tenerla, si fuera una señora?

FLORITA.- ¿Por qué no?

SOLEDAD.- Sé que puedo.

GONZALO.- Flor.

(FLOR mira a su padre.)

FLORITA.- ¿Te la tiraste alguna vez cuando podías, papá? Te tiraste a la criada resultona ¿verdad que sí?

SOLEDAD.- Doña Flor está perdiendo los modales. Es una pena.

FLORITA.- Ponlo frente a la ventana. No puede ver.

(SOL corre la sillita.)

SOLEDAD.- ¿Qué tengo yo que me obliga a ser esclava? Yo tengo un porte muy fino, la piel fresca, todavía no se me han abierto las manos en el fregadero. Sé andar con elegancia, lo noto, me lo han dicho, el señorito Galán me lo dijo, usted misma me dice que tengo caderas distinguidas. Y, si pongo cuidado, tampoco tengo malas maneras. Podría pasar por una señora. En cambio...

FLORITA.- En cambio otras... Como yo, por ejemplo.

SOLEDAD.- Usted lo ha dicho.

FLORITA.- Yo tengo pinta de chacha ¿no te parece? Un zancajo. Fea y contrahecha. La cara arrugada de verrugas, desfigurada. La nariz, grotesca. Los ojos, apagados. La piel, grasienta.

GONZALO.- ¿Hoy es domingo?

FLORITA.- ¡Todavía no es la hora de comer, papá! Por más que me aseo siempre parezco sucia. Por más que me visto las mejores ropas siempre parezco desaliñada.

GONZALO.- ¿Has ido a misa?

FLORITA.- ¡Hoy es viernes, papá!

SOLEDAD.- A doña Flor le gusta sufrir.

FLORITA.- ¡Qué injusticia! ¿Por qué yo habría de tenerlo todo a mis pies: dinero, trajes, comodidades, la vida resuelta; y tú, tan buena moza, tienes que andar con los ojos pegados al suelo, «sí, señora", «no, señora»...?

SOLEDAD.- La señora sabe que es mi deber.

FLORITA.- Todo es cuestión de disfraz. Si me pongo tus delantales, tus uniformes y tus batas nadie diría que soy una señora. En cambio tú. A ti sí que te sentarían bien mis ropas. ¿Qué dices a eso?

SOLEDAD.- Doña Flor dice que tengo muy buena percha.

FLORITA.- Vaya que si te sentarían bien. No como a mí. ¿Verdad que sí, papá? ¿No está apetitosa? ¿Verdad que sí, Soledad? Contesta.

SOLEDAD.- Sí, señora, estoy segura.

FLORITA.- Habría que hacer algún arreglo. Unos fruncidos por aquí. Tú tienes el talle más largo...

SOLEDAD.- No se lo crea.

FLORITA.- ¿Cuántas veces te has probado mis vestidos en mi ausencia?

SOLEDAD.- Unas pocas.

FLORITA.- Fresca. Lagarta.

SOLEDAD.- El rojo es un primor, señora.

FLORITA.- Demasiado escandaloso. ¿No te da vergüenza? Yo no me lo pongo nunca. Rosa o azul celeste es más elegante. Si quieres parecer señora, tienes que educarte el gusto.

SOLEDAD.- Yo vestiría un poco más ajustada que doña Flor.

FLORITA.- Sí, menos vaporosa. Que se marquen las curvas, la silueta. No hay nada que ocultar. Tú tienes las carnes prietas.

SOLEDAD.- Y el escote redondo.

FLORITA.- Pícara. Para que se marque el canalillo y se adivinen las tetas.

SOLEDAD.- La señora me calienta. No es culpa mía. La pícara es la señora.

(Ríen. FLOR saca unas enaguas de la cómoda.)

FLORITA.- ¿Qué te parecen?

SOLEDAD.- ¿Dónde las guardaba la señora?

FLORITA.- ¿Le gustarán?

SOLEDAD.- Deben ser carísimas.

FLORITA.- Póntelas. A ver cómo te sientan.

SOLEDAD.- ¿Puedo?

FLORITA.- Póntelas.

SOLEDAD.- Siempre he soñado con tener unas enaguas así. Con puntillas por aquí.

FLORITA.- Mañana serán tuyas.

SOLEDAD.- No me ponga los dientes largos.

FLORITA.- Cuando todo se haya terminado. Póntelas.

(SOL toma las enaguas y va a irse.)

FLORITA.- Aquí mismo. Cerraré las cortinas.

SOLEDA.- Era por el señor...

FLORITA.- El señor ni siente ni padece. ¿Verdad, papá?

(FLOR corre las cortinas.)

GONZALO.- Se ha nublado.

FLORITA.- ¡He echado las cortinas, papá! ¡Ya verás qué bonita está Sole con esas enaguas!

(SOL se cambia en medio del comedor. FLOR mira a través de un resquicio al casino de enfrente.)

FLORITA.- Sólo están los sinvergüenzas de los Gómez Portillo, jugando al billar. ¿Cuántas veces te desnudaste con las cortinas abiertas para que te vieran los señorones del casino, eh Sole? ¿Cuántas veces enseñaste las pantorrillas a Galán, mientras limpiabas los cristales?

GONZALO.- ¿No comemos?

FLORITA.- ¡Te has tomado un caldo y un filete hace media hora, papá! ¡Sólo piensas en comer! ¡Sabes que te sienta mal! ¡El médico te tiene prohibido comer tanto! ¡El corazón sufre! ¡Se llena de grasas!

GONZALO.- Tengo hambre.

FLORITA.- ¡No te pongas pesado!

(SOL ha terminado de ponerse las enaguas.)

FLORITA.- Estás preciosa.

SOLEDA.- La seda es tan cariñosa.

FLORITA.- Te cae como un guante. Mira qué caída, cómo te suaviza las caderas. El rojo sangre destaca la blancura de los muslos.

SOLEDA.- Los encajes tienen tantos dibujos.

FLORITA.- Deja caer el tirante. Que se te vean los hombros.

SOLEDAD.- ¿No se me saldrá?

FLORITA.- Tienes los pechos llenos y duros. Verás cómo se sostiene.

SOLEDAD.- Sí.

FLORITA.- Corre un poco. Salta. Que se columpien las tetas. ¡Mira, papá! ¿No está guapa?

GONZALO.- ¿Comemos?

(SOL corre y salta, muerta de risa.)

FLORITA.- Pif pof, pif pof, pif pof. ¡Casi!

SOLEDAD.- ¡No! ¡No se ha salido!

FLORITA.- ¡Casi, casi!

SOLEDAD.- ¡Que no! ¡Que parece que sí, pero no!

FLORITA.- Te has afeitado los sobaquillos.

SOLEDAD.- Lo vi en una revista. ¿No le gusta a la señora?
¡Verdad que parece una más limpia!

(SOL se acerca a DON GONZALO, se exhibe delante de él, pasa las axilas por sus narices.)

SOLEDAD.- ¿Le gusta? ¡Huela! ¡Huela! ¡Mire qué bien huelo! ¿A que estoy buena? ¿No tiene hambre el señor? ¡Pruebe, pruebe! ¿No se pone caliente el señor? ¡Uy, mi bichito, pobrecito él, que está enfermo y mustio, y ya no se levanta! Ñam, ñam, un día me lo voy a comer, le voy a aliñar con aceite y vinagre y me lo voy a comer con lechuga y tomate.

FLORITA.- ¡Soledad! Un poco de respeto, mujer.

SOLEDAD.- Es un viejo.

FLORITA.- ¡Pero es mi padre!

SOLEDAD.- Perdona la señora.

FLORITA.- ¿Qué te hace esta zangolotina, papá?

SOLEDAD.- ¿Le pongo de comer?

(FLOR se dirige a SOL. Le sube los tirantes.)

FLORITA.- Cámbiate.

SOLEDAD.- ¡¡¡. Cuando me tocan el hombro se me sube un repelús...

FLORITA.- ¿En los hombros?

SOLEDAD.- En la curva. Aquí. Así, así. La señora me está poniendo nerviosa.

FLORITA.- ¿Aquí? No se te puede tocar en ningún sitio, Sole. Te deshaces. Eres una zorra.

SOLEDAD.- ¡Señora!

FLORITA.- Qué tonta eres.

SOLEDAD.- Doña Flor no lo ha probado nunca, no sabe lo que dice. Pruébalo. Deje que yo lo haga. Bájese la blusa.

FLORITA.- ¿Puedo?

(Lo hace.)

SOLEDAD.- ¿Siente el remusguillo?

FLORITA.- ¿Eh?

SOLEDAD.- ¿Lo siente?

FLORITA.- Ahí no se siente nada, mujer.

SOLEDAD.- Porque la señora no quiere. Si lo desea, tiene que sentirlo. Hágame caso, déjese llevar, lo está deseando, verá cómo le gusta. ¿Lo siente ahora?

FLORITA.- Sí.

SOLEDAD.- ¿Lo ve? La señora es una desconfiada. Sólo hay que concentrarse.

FLORITA.- ¡Soledad!

SOLEDAD.- Espere. Más abajo.

FLORITA.- Me haces cosquillas.

SOLEDAD.- ¿Lo ve? Está tiritando.

FLORITA.- Quita, quita.

**(Temblando de gusto y risa, el ama aparta a la criada.
Pero SOLEDAD la atrae de nuevo.)**

FLORITA.- Uf. Qué escalofrío. El licor me pone los nervios a flor de piel. Se me pone la carne de gallina con sólo rozarme.

SOLEDAD.- La señora sueña demasiado.

FLORITA.- ¿Cómo pueden distinguirse unas manos de hombre de unas de mujer, Soledad?

SOLEDAD.- Qué cosas dice.

FLORITA.- ¿Cómo?

SOLEDAD.- Si se cierran los ojos, una puede creer que son manos de hombre, una puede creer lo que quiera. Cíérrelos.

FLORITA.- Sí.

SOLEDAD.- Pero son las mías. Las manos son todas iguales.

FLORITA.- Se siente lo mismo.

(DOÑA FLOR se aparta y acaricia ahora el hombro de la doncella.)

FLORITA.- Déjame a mí. Cierra los ojos.

SOLEDAD.- ¿Para qué?

FLORITA.- Ahora tú. Cierra los ojos y piensa en el Hombre, piensa en él.

SOLEDAD.- ¿En quién?

FLORITA.- Piensa en él.

SOLEDAD.- ¿En el señorito Galán? ¿Doña Flor quiere que me vuelva y le arañe la cara?

FLORITA.- Estate quieta. Piensa en el Hombre, en quien tú quieras.

SOLEDAD.- ¿Por qué?

FLORITA.- Cállate. Piensa en él.

SOLEDAD.- No quiero. Son las manos de usted. ¿Por qué iba a pensar en él? Usted está aquí, son sus manos. Pienso en usted. O en Nadie. Mejor no pensar en Nadie. Sólo sentir. Pensar es tan cansado.

FLORITA.- Por Dios, Soledad ¿estás hueca? Tienes la cabeza vacía. ¿Dónde está tu imaginación?

SOLEDAD.- A veces, la cabeza es mala compañera.

(Suenan el timbre. Las dos se detienen, asustadas.)

Situación IV

Dies irae

FLORITA.- ¿Quién puede ser?

SOLEDAD.- No hay que preocuparse. Todavía no es la hora.

FLORITA.- ¿Estás segura de que le diste bien la cita?

SOLEDAD.- Segura.

FLORITA.- ¿Y si él se hubiera confundido?

SOLEDAD.- Usted escribió la nota.

(Sigue sonando el timbre.)

SOLEDAD.- ¿Quién será?

FLORITA.- Ve, ve. No me pongas nerviosa. Asómate a la mirilla.

(SOL sale. FLORITA, nerviosa. SOL tarda.)

FLORITA.- ¿Soledad?

GONZALO.- ¿Es que queréis matarme de hambre?

FLORITA.- ¿Soledad? ¿Ves a alguien? ¿Quién es?

(SOLEDAD la asusta por detrás.)

FLORITA.- ¡Ay, Jesús, qué susto me has dado!

SOLEDAD.- El periódico. Es la hora del periódico.

FLORITA.- Ave María Purísima.

(Ríen abrazadas.)

GONZALO.- Me comería un elefante.

(FLORITA se acerca a su padre.)

FLORITA.- ¡Era el periódico, papá! ¡El periódico!

GONZALO.- Ya era hora. ¿Y qué tenemos de comer?

FLORITA.- ¿Quieres que te lea un poquito?

SOLEDAD.- ¡Señora!

(SOL enseña una página a FLORITA. DOÑA FLOR coge el diario.)

SOLEDAD.- La foto.

FLORITA.- Es don Pablo Picavea. ¡Mira, papá, es don Pablo!

SOLEDAD.- Es su amigo, señor, el de la foto.

(DON GONZALO **pega un bocado a SOLE y comienza a gritar.**)

SOLEDAD.- ¡Ay, me ha mordido!

GONZALO.- ¡Policía! ¡Me quieren matar de hambre!
¡Policía! ¡Socorro! ¡Aquí! ¡En el primero izquierda!

FLORITA.- ¡Papá!

GONZALO.- ¡Comida! ¡Traigan el potaje! ¡Quiero los garbanzos con acelgas! ¡Me tienen secuestrado! ¡Policía!

FLORITA.- Sol. La media. Deprisa.

SOLEDAD.- Sí, señora.

GONZALO.- ¡No! ¡La mordaza no! ¡Socorro! ¡En el primero izquierda!

FLORITA.- ¡Papá! ¡Cierra la boca!

(SOL **regresa con unas medias.**)

GONZALO.- ¡Auxilio!

SOLEDAD.- ¡No grite!

FLORITA.- Te está bien empleado. Por graznar.

GONZALO.- ¡La mordaza no! ¡Me muero de hambre!
¡Piedad! ¡Denme el potaje!

FLORITA.- Sujétalo bien.

SOLEDAD.- Ya está.

FLORITA.- Más fuerte.

(**Termina de amordazarlo. Jadean de cansancio. DON GONZALO se revuelve.**)

SOLEDAD.- Son las sintéticas. El señor les tiene alergia. Le saldrán boqueras.

FLORITA.- Que se aguante.

(FLOR **tiende el diario a SOL.**)

FLORITA.- Léelo.

SOLEDAD.- ¿Yo?

FLORITA.- ¡Sólo te va a leer la prensa, papá! ¡La música amansa a las fieras!... Siéntate a su lado, Sole. A ver si se apacigua un poco.

SOLEDAD.- Me da corte.

FLORITA.- Vamos, mujer, no te dé vergüenza. Así vas cogiendo soltura.

SOLEDAD.- La señora sabe que me atasco. Sólo llevo dos meses con los palotes.

FLORITA.- Leer en voz alta es lo mejor para aprender. Así te escuchas y corriges los tonos.

SOLEDAD.- Es que me cuesta mucho trabajo.

FLORITA.- Venga, no seas perezosa. En las comas te paras un poquito. En los puntos y comas te paras dos poquitos. Y en los dos puntos, tres poquitos. Las pausas son muy importantes. La letra siempre tiene música. A veces mala, pero siempre tiene música.

SOLEDAD.- Lo que mande la señora.

FLORITA.- Empieza aquí. A ver qué dice de don Pablo.

SOLEDAD.- ¿Le aprieta mucho al señor?

FLORITA.- Vamos, empieza, no te hagas la remolona. Y pon atención, concéntrate. Si quieres ser una señora, tienes que aprender a leer de corrido.

(SOLEDA **comienza a leer muy despacio y con equivocaciones.**)

SOLEDAD.- «En la mañana de ayer, en las marismas del Faro, junto a los cangilones de...»

FLORITA.- Los cangilones... Junto a los canjilones.

SOLEDAD.- «Junto a los cangilones de escoria, fue hallado el ca... el cada ver...»

FLORITA.- El cadáver... Procura leer más deprisa. Concéntrate.

SOLEDAD.- «El cadáver de don Pablo Picavea...»

(Levanta los ojos del periódico. Se miran ambas, estupefactas.)

FLORITA.- Sigue.

(SOL vuelve a leer.)

SOLEDAD.- «... el cadáver de Pablo Picavea...»

FLORITA.- Eso y a lo has leído. Sigue.

SOLEDAD.- «... ilustre abogado que fue de esta villa. Los picadores de la mina de Chavás, autores del hallazgo...»

FLORITA.- Eso es. Párate en las comas.

SOLEDAD.- «... declararon que el cuerpo estaba deca... deca...»

FLORITA.- Decapitado. Sin cabeza. ¡Sin cabeza, papá, se encontraron a Pablo Picavea sin cabeza! ¿Te acuerdas de Picavea? Sigue.

SOLEDAD.- «... que el cuerpo estaba decapitado y se encontraba en estado de avanzada descomposición»

FLORITA.- Ahí viene una coma.

SOLEDAD.- «... pese a lo cuál se adivinaba horrosamente mutilado en su partes no mencionables.»

FLORITA.- En los testículos.

SOLEDADEAD. Los cojones.

FLORITA.- Eso es. Arrancados de cuajo, papá. Los cojones. Pobre don Pablo. Sigue.

SOLEDADEAD.- Usted. Léalo usted.

FLORITA.- Tú. Si no, no aprenderás nunca. Hay que quitarse la galbana de encima, mujer.

SOLEDADEAD.- «Personada la policía en el lugar de autos se rastreó el fondo de las marismas y, a la caída de la tarde...»

FLORITA.- Se estaba metiendo el sol por los juncales, papá, se estaban juntando los pájaros entre las espadañas para dormir.

SOLEDADEAD.- «... fue extraída del fondo la cabeza del desgraciado, pro cediéndose a su identificación».

FLORITA.- Sí. Era Pablo Picavea.

SOLEDADEAD.- «El cráneo se pre sentaba hundido en los temporales y oc... oc...». No sé qué pone.

FLORITA.- Trae. «Occipital». Aquí detrás. En el cocodrillo. «El cráneo se presentaba hundido en los temporales y occipital, con huellas paralepipédicas...» -¡qué palabra!- «con huellas paralepipédicas causadas probablemente por un martillo que, con toda seguridad, fue la causa de su muerte». Continúa tú. Lo estás haciendo muy bien. Aquí. ¿Estás a gusto, papá?

SOLEDADEAD.- «El rostro, totalmente tumefacto y desfigurado...»

FLORITA.- Coma.

SOLEDADEAD.- «... había sido tratado con ácido sulfúrico y posteriormente frotado con papel de lija del dos y medio».

FLORITA.- ¿Del dos y medio?

SOLEDADEAD.- «El tamaño del grano de lija era perfectamente visible en las raspaduras de mejillas y frente, según afirmaciones del inspector».

FLORITA.- Punto.

SOLEDADEAD.- «El desgraciado jurista sostenía entre los dientes, blancos y brillantes, sus partes pubendas».

FLORITA.- ¿Sus qué?

SOLEDAD.- Los cojones, quiere decir, me parece.

FLORITA.- Punto.

SOLEDAD.- «La policía no ha avanzado nada sobre los móviles y posibles autores de este horrible y misterioso crimen.»

FLORITA.- Punto y aparte. ¡Todavía no han encontrado a los criminales, papá!

SOLEDAD.- «Don Pablo Picavea era reputado en la villa por su excelente humor y exquisito tacto, y reconocido como uno de los abogados de más futuro entre nuestro jóvenes leguleyos. No se le conocían enemigos. Era uno de los principales animadores del casino.»

FLORITA.- Sí que lo era. Miembro del «Guasa Club» ¿verdad, papá? Menuda broma nos gastaron a Sole y a mí ¿recuerdas?, a la Fea y a la Guapa. Don Pablo envió a la Fea una carta de amor de Galán que debía haber recibido la Guapa. Qué ocurrencia. Y la Fea creyó que la carta había sido escrita para ella, que el señorito Galán estaba enamorado de ella y le hacía proposiciones. ¿No fue así, Sole?

SOLEDAD.- Bien muerto esté.

FLORITA.- La Muerte no vale nada. Es de todos. Es una liberación. Yo, sin embargo, estoy condenada a vivir...

SOLEDAD.- ¿Con papel de lija del dos y medio?

FLORITA.- ¿Recuerdas la carta?

SOLEDAD.- La señora tiene que darme dinero para reponerlo. Hoy no he podido frotar los aluminios.

FLORITA.- «... paso las tardes en el Casino, disimulado tras el diario, espionando tu balcón. Y, cuando intuyo tu sombra entre los visillos, mi corazón se me deshace...»

SOLEDAD.- Sólo quería follar.

FLORITA.- Contigo.

SOLEDAD.- Con cualquiera.

FLORITA.- Conmigo no.

SOLEDAD.- Con cualquiera. Cualquiera es nadie. Lo mismo le daba un agujero que otro.

FLORITA.- Yo quería ser su agujero.

SOLEDAD.- La señora, con perdón, es tonta de remate. No sé de qué le sirve tener tan buena educación.

FLORITA.- ¡Soledad!

SOLEDAD.- Se lo digo de corazón. Nadie la quiere más que yo.

FLORITA.- Sólo me quieres por mi dinero.

SOLEDAD.- Doña Flor sabe que no es verdad. Ella me lo ha dado todo. Sin ella qué sería de mí. Yo la quiero por lo que es. Con todos sus espejos. Con todos sus agujeros.

(FLORITA se asoma por las cortinas, mirando al casino.)

FLORITA.- Está cayendo el sol. Los Gómez Portillo ya se han ido. El billar está vacío. Atanasio, el ordenanza, está recogiendo. Deberías irte arreglando, Sole.

SOLEDAD.- Sí, señora.

Situación V

Vísperas

SOLEDAD se levanta.

FLORITA.- Sobre tu colcha te he dejado mi vestido. No habrá hombre que se te resista.

SOLEDAD.- Sí, señora.

FLORITA.- Nos va a salir todo a pedir de boca, Sol.

SOLEDAD.- La señora no quiere escucharme.

(DON GONZALO se retuerce, se asfixia.)

FLORITA.- ¿No sabes respirar por las narices, papá? Trae un poco del potaje que ha sobrado antes de vestirte, Soledad. Vamos a darle gusto a don Gonzalo. Hoy es un día especial. ¿Quieres que abra las cortinas, papá?

(SOL hace mutis. FLORITA abre las cortinas y vuelve a entrar el sol y verse el edificio de enfrente.)

FLORITA.- Ya está cayendo el sol, ¿ves, papá? ¿Te quito la media? No me gusta que estés así, amordazado. Me da pena. Prométeme que vas a portarte bien, eh, papá.

(FLOR le quita la mordaza. SOL entra con un carrito, plato de potaje, filete, servilleta y cuchara.)

FLORITA.- Vete a vestir. Yo voy a dar de comer a papá. ¿Verdad que mi papá quiere un plato de potaje?

SOLEDAD.- ¿No le sentará mal? El médico se lo tiene prohibido.

FLORITA.- Un día es un día. Y para que vea que su hija es buena y no se olvida de él, papá va a tomar el potaje ¿verdad que sí, papá?

(SOL sale. FLOR se sienta al lado del viejo con el plato y los cubiertos. Le coloca la servilleta y le va metiendo cucharadas de potaje en la boca.)

FLORITA.- Qué silencio. Sólo se oye el rumor del mar y los gritos de las gaviotas. ¿No hace una tarde agradable, papá?

Anda, abre la boca. **(Mirando al Casino.)** ¿No es ese Numeriano Galán? Allí, en el Casino... No, no es él. Hace años que Galán no pisa el Casino ¿verdad, papá? Ya no espía las piernas de Sole. ¿Por qué será, papá? ¿Tú le prohibiste que volviera al Casino...?

Esta noche he tenido un sueño. ¿Quieres que te lo cuente?

Venga, traga. **(Lleva la cuchara a la boca de su padre como si fuera un avioncito.)** Brrr. Esta por el señorito Galán.

Yo estaba en el interior de un zapato de tacón. Muy fino, muy elegante. Olía fuerte, a zapato sin estrenar. Y estaba tibio, era una habitación acogedora. Yo estaba en una cama que era la raya del pelo de un hombre. Era una raya muy bien hecha. De un hombre limpio, sin caspa. Como tú. La carne debajo del pelo, en la raya, era blanca y estaba mustia, nunca le había dado el sol. Yo estaba dormida en medio de la raya, dentro del zapato de tacón.

Cierra la boca para masticar, papá.

Cuando me desperté había alguien durmiendo a mi lado y me asusté. ¿Sabes quién era? Era yo, ese cuerpo era yo ¿comprendes?: Yo estaba a mi lado y era la primera vez que me veía. Nunca me había visto así, fuera. Era como si fuera otra, pero era yo. Yo, la que estaba a mi lado, estaba tranquila y me veía dormir. Acababa de cumplir los quince años y habíamos vuelto del médico. En la cara se me habían reventado cinco granos y el doctor, un viejo amigo tuyo, me los había quemado. ¿Recuerdas, papá, cómo lloré? No quise ir al colegio durante quince días. Para que no me vieran con la cara llena de agujeros negros y con esos cercos secos que a veces se llenaban de pus. Pero tú me obligaste ¿lo recuerdas?

Qué cochino eres comiendo. No mastiques con la boca abierta que se te cae todo.

Mi cara estaba descansada y me gusté. Me puse a mirarme los granos, tan feos, pero no me daban asco. A veces ella, yo, respiraba fuerte, casi roncaba. Se me arrugaba la nariz y, a los lados, se me formaban como dos ancas de rana antes de saltar. **(Arruga la nariz.)** Así ¿lo ves? La punta de la nariz era la cabeza. Era una rana perfecta. Cuando terminaba el ronquido era como si las ancas se estiraran y la rana saltase lejos. Pensé que era un espejismo, que estaba soñando. Entonces cogí una pluma y pinté en la punta de mi nariz, de la nariz de la otra, dos redondeles alrededor de los granos. Eran los ojos. No era una rana, era un sapo. Tenía un sapo pegado a la nariz.

Vaya por Dios, mira cómo te has puesto. Espera, no tosas, espera que te limpie.

¿Tendría mi nariz vida propia? Tal vez me iba a quedar sin nariz. Sentía verdadera angustia... ¿Nunca te has mirado al espejo cuando lloras, papá? Yo he llorado tanto. Y, entonces, me iba corriendo al espejo a mirarme llorar, toda fea, feísima, la cara arrugada como la de un cretino, y me pintaba dos ojos en la nariz y me hacía gracia el sapo, me hacía reír,, era tan feo, tan... tan humano...

(Juega otra vez con la cuchara alrededor del aeródromo bucal de DON GONZALO.)

FLORITA.- Esta por don Pablo Picavea, que en paz descansa. Aaaaauuum.

El sapo estaba ahí, agazapado, mientras yo roncaba. Al próximo ronquido, pensaba, se acabó todo, el sapo se va y no vuelve. Desnarigada. Pero ella, o sea yo, no estaba preocupada y seguía durmiendo. ¿Qué hacer? Tenía que despertarla. Antes de que el sapo se fuera para siempre a su charca.

Me parece que esa nariz era tuya, la nariz de los Trevélez, papá, tú siempre has estado orgulloso de tus narizotas ¿verdad?, un regalo de la familia.

Iba a darme un empujón cuando despertó. Se estiró y fue hasta el espejo. Yo me veía hacer sin levantarme de la cama. Tenía la sensación de que me había escapado de mí. Pero a pesar de los granos y el sapo me caía simpática. Me gusta mirarme tan horrorosa, tan podrida, la última entre las últimas, la que no tuvo suerte.

Hoy vamos a tener una visita muy especial, papá, ¿te acuerdas de Galán? Abre la boca.

(Bajan lentamente las luces donde se encuentra FLORITA y suben lentamente las del lateral, junto a la puerta. Entra SOLEDAD con GALÁN. Mientras se besan en el umbral, FLORITA sigue narrando su sueño. Una escena sucede a la otra como en fundido encadenado, suavemente. Las dos en penumbra. Se oyen las campanadas de un reloj de pared.)

FLORITA.- De repente el sapo saltó muy lejos. Me llevé la mano a la cara y ya no había nada, no me quedaba rostro. Tenía que bajar enseguida a la tienda de don Casto a comprarme otra cara, no podía vivir sin ella. Bueno, pensé, ahora podrás tener la cara que quieras, no tienes por qué ponerte nerviosa. Bajé las escaleras a toda prisa pensando el rostro que mejor me convenía y entré en la tienda como una exhalación. Pero don Casto estaba muy triste, había tenido que vender el comercio y era el último día, casi no le quedaban existencias.

¿Qué mascullas? No hables con la boca llena. No lo sé, papá, no sé quién es don Casto. Vamos a tener visita enseguida ¿te lo he dicho?

«¿No le quedan rostros?, le dije toda angustiada. Pero, gracias a Dios, le quedaba un modelo. "Pero ésta es la cara de una criada", le dije, ofendida. ¿Sabes lo que quería venderme, papá? ¡La cara de Soledad! "Bien bonita que es, señora, no se queje». Y entonces me fijé en él. Era un viejo asqueroso con cara de sapo. Al reírse se le veía toda la boca desdentada. Salí corriendo llena de asco, me escondía en la bañera, me convertí en un lenguado y me camuflé en el fondo. Arriba, en la superficie del agua, vi mi cara reflejada, era la cara de Soledad. Y entonces tú entrabas en el baño, todo desnudo, ibas a aplastar el lenguado. Tenía mucho miedo.

(Se apaga por completo la luz que ilumina la escena de FLORITA. SOLEDAD y GALÁN se quedan solos.)

Situación VI

Lectisternio

GALÁN observa la casa.

Es un hombre.

Un marino.

Un macarra.

Un caballero.

GALÁN observa la casa.

Está borracho.

GALÁN.- Esta casa...

(SOLEDAD se acerca al balcón.)

GALÁN.- ... la he visto antes...

SOLEDAD.- ¿Está seguro?

GALÁN.- ¿No he estado aquí?

SOLEDAD.- ¿No la recuerda?

GALÁN.- Este olor a casa cerrada...

SOLEDAD.- ¿No recuerda cuando?

(SOL descorre las cortinas y visillos; enfrente aparecen los balcones del Casino. GALÁN, deslumbrado, se esconde el rostro con las manos.)

GALÁN.- Ese balcón... ¡Es la casa de tu ama, la señorita de Trevélez!

SOLEDAD.- Es mi casa.

GALÁN.- Corre las cortinas.

SOLEDAD.- Regando esas flores le conocí a usted... Me había remangado las faldas... Estaba descalza... Cantaba...

GALÁN.- Cierra.

SOLEDAD.- Usted estaba enfrente. Bebiendo. Tenía los ojos rojos. Me miraba por encima del vaso.

(GALÁN corre a cerrar las cortinas.)

GALÁN.- ¿Por qué me has traído aquí, bruja?

SOLEDAD.- Doña Flor no volverá hasta muy tarde.

GALÁN.- ¿No has encontrado otro sitio mejor?

SOLEDAD.- ¿No le gusta la casa?

(GALÁN se dirige al mueble bar. Saca una copa.)

SOLEDAD.- Si no le gusta, nos vamos.

GALÁN.- La misma botella, las mismas copas...

(**GALÁN toma un cigarro de la pitillera.**)

GALÁN.- La misma pitillera...

SOLEDAD.- Yo ya era doncella de esta casa cuando usted cortejaba a la señora.

GALÁN.- ¿Cortejar? Yo no cortejaba a nadie. Sólo fue una apuesta de borrachos.

(**SOLEDAD coloca el gramófono.**)

GALÁN.- El mismo disco.

SOLEDAD.- Yo lo preparaba todo. Les oía a ustedes desde la zona de servicio.

GALÁN.- Siempre colocaba esa canción en el gramófono.

SOLEDAD.- ¿No le gusta?

GALÁN.- Hacía que me sintiera como un señor. Sólo tenía que cerrar los ojos.

SOLEDAD.- ¿Cerrar los ojos?

GALÁN.- En cuanto ella aparecía, la ilusión se hacía pedazos.

(**Bebe.**)

SOLEDAD.- La señora era muy estricta. «Que no falte nada», decía, «no olvides la etiqueta verde: su vino favorito».

Creí que le gustaba.

GALÁN.- Me gusta.

SOLEDAD.- Sólo quedaba una en la bodega.

(**GALÁN vuelve a beber.**)

GALÁN.- No te pareces a ella.

SOLEDAD.- Doña Flor es una señora.

(**GALÁN vuelve a servirse.**)

SOLEDAD.- Si está a disgusto, nos vamos.

(**Por un momento, GALÁN consigue olvidar a la señorita de Trevélez y se fija en SOLEDAD.**)

GALÁN.- Ese vestido... No te lo había visto nunca.

SOLEDAD.- ¿No lo recuerda el señor?

GALÁN.- Te sienta muy bien.

SOLEDAD.- ¿No lo recuerda?

GALÁN.- ¿De dónde lo has sacado?

SOLEDAD.- Debería saberlo. Lo ha visto a menudo.

GALÁN.- ¿Era de ella? ¿También te has puesto un vestido de ella?

SOLEDAD.- Creí que le gustaría.

GALÁN.- ¿Por qué me tenía que gustar?

SOLEDAD.- Usted le decía que estaba muy hermosa.

GALÁN.- Era una apuesta ¿no lo entiendes? Sólo decía lo que ella quería oír.

SOLEDAD.- ¿No le gusta?

GALÁN.- ¿Cómo se te ha ocurrido vestirme como ella? ¿Qué es lo que pretendes?

(**SOLEDAD llora. Él se acerca.**)

GALÁN.- ¿Qué es lo que te pasa ahora?

SOLEDAD.- Yo sólo he querido darle gusto.

GALÁN.- ¿Y por eso me has traído a su casa y te has vestido como esa visión? ¿Por eso has reconstruido con tanto cuidado la escena del crimen?

SOLEDAD.- ¿Qué crimen?

GALÁN.- Ningún crimen.

SOLEDAD.- Usted ha dicho...

GALÁN.- Era sólo una manera de hablar.

SOLEDAD.- ¡No se acerque!

GALÁN.- Vamos, no te pongas así. No tenías que preocuparte de nada. Lo has hecho todo por mí. Lo sé. Pero tú me bastas. No hacía falta que hicieras nada... Me gusta... El vino, los cigarrillos, la música... Todo me gusta... Es muy delicado por tu parte... Pero ahora sólo te quiero a ti, olvidémoslo... Tenía ganas de estar a solas contigo.

SOLEDAD.- ¿Para qué?

GALÁN.- ¿Quieres que te lo explique?

(GALÁN se acerca.)

(Suena un ruido en la alcoba. GALÁN se revuelve.)

GALÁN.- ¿Estás segura de que no hay nadie?

SOLEDAD.- No tiene por qué preocuparse. Si, por cualquier cosa, la señora regresa más temprano, el portero me avisaría.

GALÁN.- No me gustaría que ella nos descubriera.

SOLEDAD.- ¿Por qué?

GALÁN.- ¿Por qué? Esa mujer es capaz de cualquier cosa. Por las noches soñará conmigo. Creerá que yo he destrozado su vida.

SOLEDAD.- ¿Lo ha hecho?

GALÁN.- Debería estarme agradecida. Durante unos días tuvo al menos la ilusión de vivir.

SOLEDAD.- Mientras el señorito estaba aquí, en el salón, con doña Flor, yo lloraba en la cocina.

GALÁN.- ¿Llorabas?

SOLEDAD.- Lloraba, lloraba, no podía parar de llorar. A veces sonaba el timbre en la cocina y era doña Flor que quería que le sirviese un tentempié. Yo me secaba los ojos con el delantal y, tapándome la cara, entraba en este salón. Usted ni siquiera se fijaba en mí.

GALÁN.- ¡Estabas celosa!

SOLEDAD.- Sufría.

GALÁN.- ¿En quién crees que me fijaba? ¿De verdad creíste que yo podía querer a ese espantajo?

SOLEDAD.- Ella lo creía.

GALÁN.- ¿Ese loro? ¿Pero no tienes ojos en la cara? Tu ama no es una mujer, es un monicaco espantoso, pobrecilla, una bruja fea y contrahecha. No hay hombre que pueda fijarse en ella. ¿Cómo pudiste creer que yo amaba a ese monstruo?

SOLEDAD.- Era usted muy buen actor. Nos lo hizo creer a las dos.

(GALÁN vuelve a beber. De nuevo la obsesión con FLORA.)

GALÁN.- Estaba loca por mí.

SOLEDAD.- Me costaba trabajo mantenerla alejada. En cuanto me descuidaba, se me echaba encima. Ardía. Hubiera vendido el alma al diablo a cambio de que le metiera mano. Un día estaba tan caliente que tuve que pegarle... Primero una bofetada. Creyó que era una caricia... Luego la pateé. Gritaba de gusto... Estaba dispuesta a morir por mí... Seguí golpeándola cada vez más excitado. Aturdido. ¿Cómo una mujer tan horrible podía aturdirme tanto? De pronto me detuve. Hubiera podido matarla, hubiera podido hacer con ella cualquier cosa.

SOLEDAD.- ¿Qué cosas?

GALÁN.- Cualquier cosa.

SOLEDAD.- ¿A usted le gusta hacer cualquier cosa?

GALÁN.- Cosas... que no se deben hacer, cosas prohibidas.
¿A quién no le gustan?

SOLEDAD.- ¿Prohibidas?

GALÁN.- Cosas que sólo aparecen en los sueños.

SOLEDAD.-¿Usted sueña cosas prohibidas?

GALÁN.- ¿Tú no?

SOLEDAD.- ¿Qué cosas?

GALÁN.- Cosas que a veces se hacen realidad.

SOLEDAD.- ¿Escenas de amor?

GALÁN.- Algo así.

SOLEDAD.- Escenas de amor maravillosas...

GALÁN.- ¿Has soñado conmigo?

SOLEDAD.- ¿Y usted?

GALÁN.- Has soñado conmigo escenas de amor...
maravillosas. Ja.

SOLEDAD.- ¿Y usted?

GALÁN.- ¿Contigo?

SOLEDAD.- ¿Ha soñado conmigo?

GALÁN.- Miles de veces. Todas las noches.

SOLEDAD.- ¿Y cómo era?

GALÁN.- Maravilloso.

SOLEDAD.- ¿Qué pasaba? ¿Dónde estaba yo?

GALÁN.- ¿Quieres que te lo cuente?

SOLEDAD.- ¿Qué hacía usted conmigo?

GALÁN.- Los sueños no se cuentan. Están prohibidos.

SOLEDAD.- Pero era un sueño maravilloso.

GALÁN.- De esos que nunca se hacen realidad.

SOLEDAD.- A mí me gusta que los sueños se hagan
realidad.

GALÁN.- ¿Todos los sueños?

SOLEDAD.- Todos los sueños de amor.

GALÁN.- ¿De amor?

SOLEDAD.- Cuando se folla.

GALÁN.- Bonita lengua.

SOLEDAD.- Cuando te gusta.

GALÁN.- ¿Te gusta follar?

SOLEDAD.- ¿Le gustaría follar conmigo?

GALÁN.- Sueño contigo muy a menudo.

SOLEDAD.- Quiero decir soñar despierto. ¿Le gustaría «hacer» un sueño que he tenido?

GALÁN.- ¿Hacer un sueño?

SOLEDAD.- Un sueño prohibido. Usted ha dicho que le gustaría hacer cosas prohibidas. Y los sueños están prohibidos.

GALÁN.- ¿Un sueño tuyo?

SOLEDAD. O un sueño suyo. Un sueño maravilloso.

GALÁN.- En mi sueño había una navaja barbera.

SOLEDAD.- ¿Una navaja barbera?

GALÁN.- Sí.

SOLEDAD.- ¡Será estupendo!

GALÁN.- ¿Dónde vas?

SOLEDAD.- ¿Quiere que la traiga?

GALÁN.- ¿La traerías?

SOLEDAD.- Voy a por ella.

GALÁN.- Espera, espera. No lo hagas.

SOLEDAD.- Hay una en el cuarto de baño de don Gonzalo. ¿Necesitamos algo más? ¿Alguna otra cosa? ¿Qué más necesita para su sueño?

GALÁN.- No, no, espera.

SOLEDAD.- El señor tiene miedo. Miedo a soñar.

GALÁN.- Y papel de lija...

SOLEDAD.- ¿Papel de lija? ¿Del dos y medio? Ya sé cuál fue su sueño. Va a ser formidable.

GALÁN.- ¿Tú sabes cuál fue mi sueño?

SOLEDAD.- Pero el papel de lija se ha acabado.

GALÁN.- Qué sabes tú de mis sueños.

SOLEDAD.- Vamos a «hacerlo». Verá cómo lo adivino. Todos los sueños de amor son iguales. ¿Le vale un poco de piedra pómez? ¿Asperón? No nos queda papel de lija.

GALÁN.- Mis sueños son muy peligrosos. Soñemos el tuyo. Es mejor.

SOLEDAD.- ¿Sí? ¿Prefiere soñar el mío? ¡Lo pasaremos muy bien! El señor no se sentirá decepcionado. Pero tiene que obedecerme en todo.

GALÁN.- ¿Qué quieres decir?

SOLEDAD.- Es mi sueño. En mis sueños mando yo. Tiene que hacer todo lo que yo le diga.

(SOL le ofrece una copita de licor de éter.)

SOLEDAD.- Beba un poco.

GALÁN.- ¿Qué es este bebedizo?

SOLEDAD.- Tómeselo.

GALÁN.- ¿Qué es?

(Bebe.)

SOLEDAD.- ¿Está bueno?

GALÁN.- No está mal. Huele a... a pelota de ping pong.

SOLEDAD.- Es una pócima de amor. Para soñar mejor. Un poco más.

(Bebe de nuevo. SOL coge la media con que amordazó a DON GONZALO.)

GALÁN.- ¿Y eso?

SOLEDAD.- Es una media. Para los ojos. Póngasela de venda. Y no haga trampas.

GALÁN.- ¿Con los ojos cerrados?

SOLEDAD.- Los dos. Con una venda. Los sueños sólo se tienen con los ojos cerrados. Para imaginar mejor. Si no, desaparece el encanto. Usted lo dijo.

GALÁN.- ¿No voy a poder verte?

SOLEDAD.- Verá usted lo que quiera.

GALÁN.- Quiero verte a ti.

SOLEDAD.- Entonces me verá. Con los ojos del sueño.

GALÁN.- Tú eres mi sueño.

SOLEDAD.- No es su sueño. Es el mío. ¿En qué quedamos? Hay que respetar las reglas.

GALÁN.- ¡Me haces daño! Espera. Cuéntame el sueño.

SOLEDAD.- ¡No se toque la venda! El señorito Galán tiene que jurar que no va a hacer trampas. Si no, no hay sueño.

GALÁN.- ¿También me vas a atar?

SOLEDAD.- ¿El señor quiere que lo ate?

(SOL comienza a empujarle hacia la alcoba de doña FLOR. GALÁN está visiblemente mareado, drogado. Lleva la botella en la mano.)

GALÁN.- ¿Dónde me llevas?

SOLEDAD.- ¿O el señor quiere atarme a mí?

GALÁN.- ¿Dónde vamos?

SOLEDAD. Dónde quiera ir. Las manos, quietas. Estése

tranquilo un momentito. Podrá meterme mano, pero con los ojos cerrados. Para soñar los ojos son muy vastos. Venga. No sea baboso. Beba otro poco.

(Le tumba en la cama.)

GALÁN.- Hueles a tomillo.

SOLEDAD.- Huelo a puerto. A matadero.

GALÁN.- ¿Por qué dices eso?

SOLEDAD.- ¿A que sí? ¿A que huelo a mar sucio?

GALÁN.- ¿Dónde estás? No te vayas.

SOLEDAD.- Relájese. Es mi sueño. Déjese llevar. ¿A qué huelo?

GALÁN.- A puerto.

SOLEDAD.- Eso es. Ve cómo lo sabía. Estamos en un almacén del puerto. En la lonja. Hay grúas, cajas abandonadas, aplastadas, peces muertos, sangre coagulada... Respire fuerte.

GALÁN.- No me gusta el olor a pescado.

SOLEDAD.- No todo son peces. En la nave de más allá ¿lo ve? está el matadero. Yo estoy colgada de unos ganchos. Por el culo.

GALÁN.- ¿Por el culo? Ja.

SOLEDAD.- Soy una cerda abierta colgada de uno de los ganchos ¿verdad? Su cerda ¿a que lo ha adivinado? Es su sueño ¿a que lo he adivinado? Soy la cerda más hermosa de todas las cerdas que cuelgan de los ganchos del matadero. Respire.

(SOL le pone en la nariz un pañuelo empapado de licor de Hoffman. GALÁN cae presa del sopor.)

SOLEDAD.- Eso es. Soy su cerda. La mujer de sus sueños. Duerma. Sueñe con ella.

(SOLEDAD se levanta de la cama. El hombre yace profundamente dormido. SOL se recompone el vestido y coloca la navaja barbera y unos paños sobre la mesita de noche. Luego sale del dormitorio. El ama ha entrado en escena lentamente, esperándola en el salón. Lleva un camisón «caput mortuum», verde vejiga y violeta transparente, como el pigmento que utiliza el pintor para matizar sobre el lienzo la carne del cadáver... SOL y FLOR se miran. SOL ha cambiado de humor.)

SOLEDAD.- Es todo suyo. Puede hacer con él lo que quiera.

(Doña FLOR no se mueve.)

FLORITA.- ¿Has apagado la luz?

SOLEDAD.- Sí, señora.

FLORITA.- No me gusta hacerlo con la luz encendida. Tengo apuro.

SOLEDAD.- Nadie la va a ver. Ande. No sea vergonzosa.

FLORITA.- ¿Duerme?

SOLEDAD.- Sueña.

(SOL va a hacer mutis.)

FLORITA.- Soledad.

SOLEDAD.- Dígame la señora.

FLORITA.- Gracias.

SOLEDAD.- No hay de qué.

(SOL hace mutis definitivamente.)

(FLOR entra en el dormitorio.)

Situación VII

Pange lingua

Todo el escenario se oscurece y sólo una luz malva, gruesa, dolorida, de infierno y pesadilla, alumbra el dormitorio donde entra doña FLOR.

FLORITA.- ¿Galán...? ¿Eres tú? ¿Estás ahí?

(Avanza lentamente sin que nadie conteste. Por fin llega hasta la cama y se arrodilla temblorosa ante el Hombre.)

FLORITA.- Amor mío... ¿eres tú...? Oh, sí, eres tú, es tu carne apretada, son tus huesos salientes, tu boca carnosa, son los pelos de tu pecho... Eres un hombre, un hombre... Chiss... Calla, no te muevas, descansa, sigue durmiendo, soy yo, tú deseo...

(Poco a poco, con ternura, lo va desnudando.)

FLORITA.- ¿Por qué has tardado tanto en encontrarme, amor mío? Te he estado esperando tanto tiempo, te he soñado tanto... Antes de conocerte -cuando no eras, todavía-, observando el rostro de los hombres que me miraban, aprendí a contar el número de amores que nunca serían míos y comprendí el sentido de la palabra infinito: cada uno de ellos era un cuerpo perdido y todos ellos sumaban toda la suma de sumas.

Escondí el Deseo en un rincón de mi bodega y lo olvidé: no sabe ni ahora beber quien nunca ha bebido, mi Ansia era Bestia Domada. Eduqué mi cuerpo en el moderado infierno de la ausencia y, sin el recuerdo de una sola caricia, de un solo beso, no tuve necesidad de borrar la memoria de mi desgracia.

Hasta que apareciste tú... ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué rompiste el encantamiento que me tenía dormida y, con falsas adulaciones, despertaste el sapo que había en la princesa?

Chiss... No digas nada... Soy yo... Sigue durmiendo... No me llames por mi nombre, no tengo nombre, no tengo rostro,

todos los nombres y rostros son míos, seré la que tú quieras que sea, tu esclava, tu puta, tu soldado, tu tierra. Seré, por una sola vez, todas las mujeres, no olvidarás, te lo juro, esta única noche.

¡Te he deseado tanto! Sólo pensar en ti me cortaba la respiración. Mil doscientas trece noches con sus días he esperado tu regreso, me he engañado a mí misma, diciéndome: «Mienten, él me quería, todavía me quiere». Mil doscientas trece noches con sus días he sabido que nunca volverías y he esperado este momento que no existe y soñado meticulosamente mi Venganza.

Mi Venganza, sí. He soñado con arrancarte en la oscuridad el amor que me prometiste, rendirte, empaparte, poro a poro, de deseo, obligarte a caer enamorado hasta el tuétano de una sombra. Para, luego, como tú hiciste conmigo, alumbrar la evidencia, enseñarte encadenado para siempre a la Fea, ¡enamorado de mí!

¡Ah, cómo recobrar el olvido que me has robado! Ni siquiera de ese amor falsario puedo llenarte. Todo el Amor es mío, todo el Deseo es de quien nada tiene.

¡Pero, cuando despiertes, me habrás dejado tu semilla! ¡Un hijo tuyo crecerá dentro de mí! Sol y yo lo criaremos. Será el recuerdo vivo de tu amor, de tu vergüenza. ¡El me vengará!

Chiss, no te muevas, amor mío, sigue soñando, no tengas miedo... ¿Pero cómo puede vengarme un hijo del Amor?

No, tú has sido mi espejo y ya jamás podré olvidarme. Soy Fea y amo. Viviré siempre encerrada entre tus rejillas y exhibida en circos baratos como ejemplo de lo que no debe ser y, sin embargo, incomprensiblemente, es: Enigma y Maravilla, un Error de la Naturaleza, lo Otro que todos necesitan para sentirse satisfechos y unidos en su Normalidad y Belleza. Terror, Asco, Piedad es todo lo que distingo a mi alrededor, una atmósfera de azufre. ¿Acaso podréis cambiarme de cuerpo, prestarme otro rostro? ¡Lo que me ha sido dado lo ha sido para toda mi eternidad! ¡Tendré que caminar con lo que tengo hasta que todo se acabe! ¡Soy la Negación de la Felicidad: ese es mi Destino! ¡Ni siquiera el placer de la venganza me ha sido concedido, porque te quiero!

Chiss, no llores por mí, deja que la sienta entre mis manos... ¿No son bonitas? ¿No son suaves...? Serás mi unicornio y yo seré tu virgen. Me adentraré en la selva donde paces y te haré mi esclavo. Ea, amor mío, ea. Acariciaré tu cuerno sobre mi regazo y perderás tu fiereza hasta quedarte dormido. Ea, amor mío, ea, duerme y no tengas miedo, todo ha terminado, es mi

boca caliente, son mis dientes afilados para comerte mejor...

**(Se oye un grito, un espasmo de andrógino. El malva
infernado que alumbra la escena estalla en mil pedazos.
El sueño ha terminado.)**

(Y amanece.)